

to y argumenta con tal cúmulo de pruebas que la conclusión se hace necesaria. Demostrando, por la cantidad de citas precisas, que conoce en profundidad los textos de Aristóteles o de Santo Tomás y de sus adversarios, incluso contemporáneos. Hasta tuvo el detalle, como he apuntado antes, de escribir un prontuario para que los alumnos candidatos a bachilleres pudieran repasar en poco tiempo las cuestiones fundamentales del programa.

Y como su vigencia posterior ha quedado esclarecida, entre algunos datos, por el número de ediciones en tan diversas ciudades españolas y europeas, nos queda exponer ahora el problema de los supuestos filosóficos y **teológicos** para valorar su originalidad. Advirtiéndose, claro está, que ser originales en filosofía se estima menos que la profundidad en el asunto estudiado, o que la capacidad de síntesis y la claridad en la exposición de otras teorías vale tanto como la mera aportación de un nuevo punto de vista, si es que fuera posible encontrar el punto cero (de influencias) en el afloramiento de cualquier idea.

Queda explícita, entonces, la ascendencia aristotélica en todos los estudios que hace nuestro autor, teniendo en cuenta también que, por su formación religiosa, trata los temas desde un ámbito teológico, lo que supone, al menos, una fidelidad al momento histórico que, todavía, era teocéntrico. Y dígase lo mismo acerca de sus preferencias, pues, epocalmente, no podían ser otras que la analogía del ente, el problema de los universales, la esencia y la existencia, el concurso divino, etc.

La originalidad, así, puede detectarse en su capacidad de sistematización de otras teorías (aristotélicas y tomistas, sobre todo) y en el poder de síntesis explicativa de las mismas, siguiendo en su proceder los métodos usuales de la Escolástica, pero, recordémoslo, de la llamada segunda o "renacida", aquella que no se limitaba a discusiones sin término y vacías, de argumentos alambicados o retorcidos hasta dar en conclusiones gratuitas o sorprendentes.

No se crea, sin embargo, que Antonio Rubio es un mero expositor de las doctrinas que inspiran sus libros; por el contrario, hemos tenido ocasión de ver cómo, si es preciso, critica a Aristóteles, apartándose de él, y también hace lo propio, alguna vez, con Santo Tomás. Por eso no es exactamente cierto encuadrarlo entre los tomistas rigurosos, bien porque no sigue literalmente ciertas tesis de sus maestros, bien porque también se distingue de algunas versiones del tomismo. Aunque, como es obvio, la **Lógica Mexicana**, por ejemplo, termina con el deseo de haber dado gloria a Dios, a su Santísima Madre y a Santo Tomás de Aquino.

Los rasgos de originalidad o de independencia doctrinal, en la obra del padre Rubio, las ha señalado certeramente su buen conocedor el P. Ismael Quiles, quien tampoco está de acuerdo con ese escolasticismo inflexible que negábamos más arriba, por advertir en nuestro filósofo un indiscutible afecto hacia Santo Tomás, pero, también, la posibilidad de mantener opciones per-